



Marta Povo  
FRAGMENTOS EXISTENCIALES

## 10- DUDANDO DE LA DIVINIDAD

Después de escribir durante muchos días, hace ya más de un año, ni más ni menos que cuarenta ítems para intentar aclararme sobre el concepto de espiritualidad y del proceso de la conciencia humana, aún hoy sigo sin saber nada sobre lo que nos mueve realmente. Revisando lo narrado hace tiempo, veo también que el capítulo que escribí sobre la Trascendencia, lo finalicé diciendo... '*percibo claramente que el encuentro profundo con el gran Espíritu aún no se ha completado*'.

En realidad, no había ni siquiera empezado el encuentro con ese gran espíritu. Confieso que mi exploración actual me lleva a dudar de la existencia de una supuesta divinidad que permite esta gran distopía del dolor de la que hablaba en el capítulo anterior, que tolera un caos existencial de tal magnitud que lo único que muestra es poca inteligencia y bondad. De eso trataba mi crisis real: el dios externo. La fiabilidad sobre el gran arquitecto de la vida, sobre ese supuesto ser amoroso, el creador de esta Realidad extraña en la que nos encontramos todos.

Sin embargo, yo sé que *no soy* lo que veo en el espejo. Siempre lo he sabido. Yo, mi pequeño yo, ese pack de cuerpo-ego-alma, tiene constantemente una especie de *memoria de mi origen*. Esa memoria de mi procedencia espiritual ha sido recurrente en toda mi vida. Incluso tenía sueños durante toda la infancia que me lo mostraban. Pero esa certeza, la de no ser mi apariencia sino otra cosa muy superior o diferente, nada tiene que ver con dios, con una divinidad creadora exterior a mí, pues era algo muy poderoso que procedía de mi interior: era como un foco de luz sin sombra.

De algún modo siempre he sabido que no pertenezco a esta vida. Sé que algo de ella no es real. Y ese *algo* es muy amplio y extenso, tanto, que nos inunda. Pero es como ficticio. Alrededor todo es como una pantalla o un decorado, un engaño de vivencias no reales, pero que vivimos como ciertas. Miles de experiencias encadenadas, miles de conceptos para justificar la falsa evolución, miles de engaños y autoengaños que nunca nos llevan a mirar hacia dentro sino hacia afuera. Buscamos todos un dios o algo parecido que justifique la Vida. Incluso los ateos lo buscan, y a veces encuentran su dios en la materia.

La verdad es que esta *fe en la existencia de una fuerza divina* me ha acompañado toda mi vida. He tenido siempre una fe absoluta en un dios creador, creador incluso de todos los reinos de mi amada Naturaleza, una divinidad o una Fuente de origen de todo. Y así lo he transmitido a través de mis cursos y del arte, sea plástico o literario. Esa gran confianza en Algo trascendente me ha conducido durante décadas a buscar ese *creador* en la cultura, en el arte, en la belleza, en la metafísica, en la física cuántica, en el funcionamiento energético de la existencia terrenal, en el motor del amor como combustible universal...

He buscado explicar y explicarme a mí misma quién es dios, o qué es el espíritu de todas las cosas. Lo he buscado y rastreado por todas partes. No obstante, ahora veo que intentar explicar a dios o al espíritu, es como pedirle a un pez que explique lo que es el agua para él. Tal vez dios podría ser nuestra naturaleza, nuestro vehículo, nuestro medio, como lo es el agua para el pez.

Sin embargo, ahora, durante este año de silencio, me sentía dentro de una completa amnesia metafísica. Estaba en un espacio vacío, sin suelo ni techo, sin sostén ni cobijo. Si el creador no está fuera sino dentro de mi propio Ser, tenía mucho trabajo por hacer... Sentía que, en adelante, más que salir de la crisis y empoderarme, tan solo tenía que *apoderarme* de mi espiritualidad. Tenía que dejar atrás todo lo aprendido sobre la divinidad exterior y reconocer o activar mi espiritualidad interior.

Llegaba la hora de reconocer mi poder creador más allá, mucho más allá, de mis creaciones artísticas o literarias, de mis decisiones y elecciones con maridos, trabajos, aprendizajes... Ya no podía ni quería aprender nada más. Tenía que hacer un boicot total a la cultura, a la sospechosa evolución y solo centrarme en mi propia espiritualidad, en mi auténtica divinidad creadora y generadora. En adelante debería 'permitirme' ser YO, con toda mi fuerza, sea del calibre que sea, muy evolucionada o menos, muy ciega o muy despierta, con enfado o sin él, con o sin fe, con cuerpo o sin cuerpo. Tenía que poder sentir el dios en mí, a cada instante de esta existencia, y vibrar con él, juntos y a la vez, en total sintonía y sincronía.

A cada ser humano supongo que le llega el momento de reconocer su dios interno, pero hay que actuarlo. No sirve creerlo. Solo ejecutarlo. En estos momentos sabía que tenía que vivenciar ese dios creador de realidades, tenía que apoderarme de esta fuerza sublime y sentir que era consecuente con mi verdadero origen de procedencia. Es un proceso muy íntimo. No necesitamos ni creencias, ni rituales, ni cursos, ni a nadie como guía, para empoderarnos espiritualmente o para sentir esa soberanía que posee nuestro Espíritu eterno.

De algún modo sabía que nuestro espíritu es eterno, sin tiempo ni espacio. Estamos aquí porque alguien decidió que viniéramos a este planeta y viviéramos esta rueda absurda de renacimientos que, más allá de una tremenda manipulación, realmente no nos sirve para 'evolucionar' pues ya somos todo, ya somos dios. Ya somos la evolución natural. Somos como una luz sin sombra, una luz sin retorno, ni reflejo, ni dualidad, solo luz y expansión.

Ya somos un fractal del dios original, de esa fuente innombrable que a veces llamamos Tao o el Campo Unificado. Ya somos la fuerza del Origen, aunque tengamos un velo que nos lo

hace olvidar. Despejemos de una vez las múltiples veladuras que disuelven y oscurecen la Verdad sobre la Vida, saquemos ese gran velo negro ante nuestra mirada, despertemos ya, tengamos o no un cuerpo temporal. En la medida de lo posible, actuemos con esa excelencia de nuestra fuerza divina original y resplandeciente. Contagiamos la divinidad que somos.

Ya somos completos, poderosos, dignos... Somos amadores y dignos de ser amados, luminosos y transmutadores de oscuridades; pacíficos y a la vez fuertes o guerreros, somos creadores y regeneradores; somos perfectos e imperfectos al mismo tiempo, porque somos piezas únicas e irrepetibles como una obra de arte valiosa. La excelencia de nuestra propia divinidad me parece hoy incuestionable. Pero todo lo aprendido durante setenta y tres años me parece completamente cuestionable.

Quizá ahora, ante la duda sobre un creador que dirige este cotarro, esta rueda sin fin de la vida, ahora, ante esta desnudez metafísica de mi presente existencial, tan solo debo replantearme por completo mi trabajo, mi pedagogía, mis relaciones, mi supuesta misión en esta vida, mi próxima muerte, mi actitud frente a la verdadera espiritualidad. Casi nada...

© Marta Povo Audenis

texto biográfico del 3 AGOSTO 2024